

DOCUMENTOS



ÉMILE DURKHEIM
LA VIDA UNIVERSITARIA EN PARÍS*

Traducido por Inés Elvira Castaño
Universidad Pedagógica Nacional

Nota introductoria

*El presente trabajo del sociólogo francés Emile Durkheim fue publicado inicialmente en un libro colectivo titulado *La vie universitaire à Paris* (Armand Colin, 1918). El volumen tenía por objeto orientar al estudiante extranjero en la organización de la educación superior francesa y su contenido estaba dividido en dos partes: “La vida universitaria en París” y “Los establecimientos de enseñanza superior externos a la universidad”. Además del prefacio general al libro y de la introducción a la segunda parte, Durkheim se encargó de la redacción de los capítulos relacionados con la historia y la organización general de la Universidad de París, más conocida como Sorbona. Aquí aparecen por primera vez en castellano estas secciones, excepto las tres páginas introductorias a la segunda parte, de escaso valor para el lector moderno.*

Redactado en medio de los difíciles acontecimientos de la Primera Guerra Mundial, Durkheim hace un agudo recuento del surgimiento y desarrollo de la Universidad en Francia. Su constitución en la Edad Media, su florecimiento con el arribo de Abelardo a comienzos del siglo XII, su decadencia durante el Renacimiento con la venida de los jesuitas, su recuperación en el período napoleónico y su ascenso final con la llegada de la Tercera República. A continuación Durkheim describe la organización interna de la Universidad: la actividad de los profesores, la vida estudiantil y los grados conferidos por las diversas Escuelas y Facultades con el respaldo del Estado.

“La vida universitaria en París” es un fino ensayo histórico-analítico de gran interés para los investigadores de la educación comparada. Para Durkheim era claro que no se podía entender la situación actual si no se tenía un conocimiento exacto del pasado. A su juicio las modificaciones en las concepciones educativas eran resultado de condiciones sociales determinadas y no el fruto de los deseos de mentes iluminadas.

*Estos postulados fueron desarrollados con mayor detenimiento en su libro **póstumo La evolución pedagógica en Francia**, su texto historiográfico más acabado. Allí afirmó con inusitada claridad que una historia de la enseñanza era la mejor de las pedagogías, pues solamente estudiando con cuidado el pasado podríamos llegar a anticipar el futuro y comprender el presente.*

Estas traducciones durkheimianas hacen parte de los continuos esfuerzos de la Revista Colombiana de Educación por llevar a sus lectores los textos clásicos del análisis educativo. [I. E. Castaño]

Prefacio

El estudiante extranjero que llega a París con frecuencia se encuentra abrumado por la organización de nuestra enseñanza superior. Es la situación por ejemplo, del estudiante

* Conjunto de artículos publicados en el libro colectivo, *La vie universitaire à Paris* (Paris: Armand Colin, 1918). pp. 1-3, 7-18 y 19-33 [N. del trad].

norteamericano quien está acostumbrado a ver agrupados en su país todos los establecimientos de educación superior dentro de la universidad. Pero en nuestro caso — sobre todo en París— se encuentra ante nuevas y diversas escuelas independientes unas de otras, y no alcanza a darse cuenta de las diferencias, interrelaciones y funciones de cada una de ellas.

Uno de los objetivos de la presente obra es la de orientar al estudiante extranjero acerca de nuestra organización, de explicársela y de poner orden y claridad en su complejidad, que en una primera mirada puede parecerle confusa. Con ello esperamos evitarle experiencias inútiles.

I. Enseñanza superior privada. Primero que todo, en París existen dos clases de establecimientos de enseñanza superior. Unos han sido fundados por el Estado, y en los casos que explicaremos más adelante, están bajo su control. Otros han sido creados por particulares o por asociaciones privadas, y no dependen del Estado sino en cuanto comprometen al orden público. Es así como al lado de la Universidad de París, cuya organización describiremos más adelante, encontramos con el nombre de Instituto Católico, una verdadera universidad fundada por obispos y arzobispos. Allí la administración general de la enseñanza es la misma que en las universidades del Estado.

Otros establecimientos de enseñanza privada tienen una fisonomía más original: responden a necesidades particulares que los establecimientos públicos no satisfacen. Es el caso de la Escuela Libre de Ciencias Políticas, una verdadera Escuela de Administración que prepara a los jóvenes para la diplomacia, el Consejo de Estado, el tribunal de casación, la administración regional, etc.¹. Es el caso igualmente, de la Escuela de Antropología fundada por la Sociedad de Antropología; del Instituto Pasteur para la enseñanza de microbiología, la seroterapia y la química orgánica²; del Instituto Oceanográfico creado por el príncipe de Mónaco; del Instituto Psicofisiológico, que estudia los asuntos relacionados con el hipnotismo y la psicofisiología; de la Escuela Superior de Electricidad, y de algunas Escuelas de Odontología³.

Cualquiera que pueda ser el interés de estas diversas escuelas privadas, no será el tema que vamos a tratar en los capítulos siguientes. Pretendemos limitar nuestro estudio a la enseñanza superior pública, y esto por diferentes motivos. En primer lugar, porque es —por muchas razones— la más importante⁴. Además, porque a pesar de su aparente diversidad, tiene una unidad histórica, intelectual y moral. En todas sus partes, esta enseñanza es el resultado de una misma historia y de un espíritu único. Este espíritu es el que anima en su conjunto a la juventud estudiosa de Francia. Es por esto por lo cual debemos hacer conocer esta enseñanza a los estudiantes extranjeros.

¹ La Escuela de Ciencias Políticas tiene además, por su personal y los servicios que ofrece, relaciones muy estrechas con el Estado. Retomaremos esto más adelante (p. 95) a propósito de la Facultad de Derecho.

² El Instituto Pasteur está muy relacionado además con la Universidad. El laboratorio de química biológica del Instituto es al mismo tiempo el laboratorio de la cátedra del mismo nombre de la Facultad de Ciencias.

³ No mencionamos ciertas instituciones privadas que por su denominación parecen ser establecimientos de enseñanza superior, pero que en realidad no son de carácter académico, tales como la Escuela de Altos Estudios Sociales, la Universidad de los Anales y el Colegio Libre de Ciencias Sociales. La enseñanza ofrecida por estas instituciones consiste en conferencias dirigidas a personas con tiempo libre, más que a estudiantes propiamente dichos.

⁴ Veremos más adelante que la población escolar de la Universidad de París sobrepasa los 17.000 alumnos. En vísperas de la guerra, en 1913, el Instituto Católico contaba con 417 estudiantes de derecho y 181 estudiantes de letras y ciencias.

II. *Enseñanza superior pública.* Hay dos clases de enseñanza superior pública. Primero que todo está la Universidad de París con sus cuatro Facultades —Letras, Ciencias, Derecho y Medicina—, su Escuela de Farmacia, sus institutos y sus diversos laboratorios.

Hay sin embargo en París establecimientos de educación superior que si bien no pertenecen a la universidad, cumplen las mismas funciones y colaboran con ella: el Colegio de Francia, el Museo de Historia Natural, la Escuela Práctica de Altos Estudios, la Escuela de Lenguas Orientales Vivas, la Escuela de Cartografía y la Escuela del Louvre. El estudiante extranjero que viene a París podrá encontrar en cualquiera de estas instituciones complementos culturales de los que no debería privarse. Es indispensable por lo tanto dedicarles una sección en el contenido de la siguiente exposición.

En consecuencia, este libro se compone de dos partes*.

En la primera parte hablaremos de la Universidad de París. Debemos comenzar por ella dado que es la más antigua de estas escuelas: fue el primer hogar de vida científica que surgió en Francia y en toda Europa después de la caída del imperio romano. Hoy tiene todavía una población cuya cifra no es igualada por ninguna universidad del mundo.

La segunda parte estará consagrada a los otros establecimientos de enseñanza superior⁵. Estos no pueden ser comprendidos sino en relación con la Universidad de París, ya que la mayoría de ellos están estrechamente ligados a su historia. Esta es una razón más para estudiarlos en segundo término.

Historia de la Universidad de París

1. *La Universidad de la Edad Media.* Las primeras escuelas de la Edad Media se constituyeron al lado de los establecimientos religiosos: monasterios, presbiterios y catedrales. Aunque fueron destinadas a formar los clérigos no excluían a los laicos. Después de asistir a ellas, se podía volver al mundo y casarse pues su acción no estaba limitada a los medios eclesiásticos. Una escuela de este género se formó muy pronto en la iglesia metropolitana de París, consagrada a Notre Dame. Ella sesionaba en la misma sede de la catedral. El obispo era quien nombraba los maestros y quien controlaba la enseñanza por intermedio de su canciller.

Durante mucho tiempo esta escuela no se diferenció de todas las que existían en las otras catedrales del país. Pero a partir del siglo XII, un conjunto de circunstancias vino a darle un auge extraordinario que la hizo única en su género y que dio lugar al nacimiento de un tipo de organización extremadamente original no conocida en la antigüedad: la Universidad de París.

La primera de estas causas fue totalmente accidental: en los primeros años del siglo XII Abelardo vino a enseñar a París. Hoy en día tenemos cierta dificultad en

* Recordamos aquí una vez más al lector que Durkheim está haciendo referencia a un libro de varios autores sobre la Universidad de París. Estas primeras páginas sólo constituyen la introducción general a dicha obra redactada por Durkheim [N. del trad.].

⁵ Existen en París otros establecimientos de enseñanza superior: las Escuelas Técnicas y Especiales cuya lista aparece más adelante, pero que no incluiremos en la presente obra dedicada exclusivamente a la Universidad y a los establecimientos de su misma naturaleza. Estas Escuelas Técnicas deben ser objeto de un libro especial.

representarnos lo que fue Abelardo para sus contemporáneos. Como lo dice uno de sus biógrafos, hay pocos hombres que hayan conocido tan ampliamente todas las alegrías de la gloria; la influencia que ejerció en su tiempo sólo puede ser comparada con la de Voltaire en el siglo XVIII. El personificó todo lo que la Edad Media amaba: la dialéctica brillante, la fe razonadora, todas esas mezclas de ardor religioso y de entusiasmo científico que caracterizan la época. Desde que se estableció en París, atrajo miles de estudiantes. Sin duda esta ciudad participó del prestigio que se desprendía de su persona y de su enseñanza. A ella se dirigía la población estudiantil de toda Europa, y una vez que esta emigración periódica penetró en las costumbres, sobrevivió a la causa que la había originado al comienzo.

Pero hay otra causa más duradera que contribuyó a fijar este movimiento. El siglo XII es el momento en el cual la vida política francesa comienza a organizarse y a centralizarse. Bajo los Carolingios, la corte era ambulante y se desplazaba según las necesidades. Bajo los Capetos, sin abandonar completamente esta costumbre, la corte comenzó a frecuentar cada vez más a París, hasta que se convirtió definitivamente en la capital del reino. Para estar a la altura de su papel, París se enriqueció de palacios y monumentos, y adquirió un poder de atracción tan eficaz que ninguna ciudad de Europa estaba en capacidad de competir con ella. Los estudiantes de todos los países del mundo cristiano tenían entonces una razón más para dirigirse a París.

Llegaron en un número tan grande que la sola Escuela de Notre Dame se hizo insuficiente para acogerlos. Fue necesario entonces autorizar a maestros particulares a abrir escuelas por fuera de la catedral. Ellos enseñaban en casas privadas o en sus domicilios. Con el fin de mantenerlos bajo su control, en un comienzo la autoridad diocesana los obligó a residir dentro de la isla que forman los dos brazos del Sena, cuyo centro todavía hoy ocupa la catedral. Pero a medida que se multiplicaban, se deshicieron de esta obligación y cruzaron los puentes para establecer fuera de la isla sobre la orilla izquierda del río. Cuanto más se alejaban de la catedral, más fácil les fue liberarse de la sujeción en que los tenía el obispo. Inicialmente eran un anexo de la catedral y en cuanto tal estaban sometidos a la disciplina eclesiástica. Pero una vez emancipados de aquella tutela, tomaron conciencia de sus propios intereses. Surgieron nuevas ideas y aspiraciones que respondían a la nueva situación. Para defender sus ideas y sus intereses se acercaron y se asociaron. La forma normal de asociación era en aquel tiempo la corporación. Con sus estudiantes crearon entonces una corporación, una *Universitas*, el término técnico para designar toda agrupación corporativa. Fue así como nació la Universidad de París, esto es, la corporación de maestros y estudiantes parisinos.

La Universidad de París no es pues obra de un día. Ella no se formó en una fecha determinada, por un acto de voluntad. Poco a poco se crearon lazos entre los maestros que enseñaban al lado izquierdo del Sena sin que sea posible decir en qué momento se constituyeron en gremio. La Universidad de París no tenía siquiera esa unidad resultado de un *hábitat* común. Cada maestro alquilaba el local donde enseñaba, y cuando la corporación necesitaba deliberar sobre un asunto común, se reunían en una u otra iglesia.

Sin embargo, con el tiempo esta masa inicialmente amorfa fue obligada por la fuerza de las circunstancias a organizarse. Nombró un jefe, el rector, que la representaba hacia fuera en las relaciones con los poderes públicos. Como todos los maestros no enseñaban las mismas disciplinas, aquellos que profesaban materias similares se relacionaron más estrechamente y formaron en el seno de la corporación agrupaciones particulares. Estas fueron las Facultades de Artes Liberales, Derecho, Medicina y Teología. Y como los estudiantes y los maestros eran de nacionalidades diferentes, se agruparon por naciones.

Había cuatro naciones: la de Normandía que comprendía los normandos y los bretones; la de Picardía (los picardos y los valones); la de Inglaterra (ingleses, alemanes y suecos); y en fin, la de Francia para todos los universitarios de raza latina.

En la segunda mitad del siglo XII aparecieron los colegios.

Al comienzo los estudiantes habitaban en unos tipos de hostales, llamados *hospitias* que pertenecían a las diferentes naciones. Cada *Hospitium* estaba administrado por un principal, especie de *primus inter pares*, elegido por los pensionistas de la casa. Pero había en París un número grande de estudiantes demasiado obres para alojarse en estos hostales. Personas caritativas tuvieron la idea de fundar para ellos una variedad de *hospitia* donde gracias a donaciones podían alojarse gratuitamente. Dotados y gratuitos, estos *Hospitia* fueron los colegios, que al comienzo no eran más que pensiones para becarios, pero la enseñanza seguía dándose fuera de ellos. Sin embargo, con el tiempo se descubrió que esta organización ofrecía grandes ventajas y convenía generalizarla. En los colegios el estudiante es-iba vigilado, lo que fue una garantía para las familias que terminaron por habituarse a llevar allí a sus hijos en calidad de huéspedes pagados. La universidad también favoreció este sistema al encontrar el medio de prevenir los diversos desórdenes a que estaban acostumbrados los estudiantes, y que con frecuencia le causaban dificultades al poder civil. Llegó así el día en que ella fijó la residencia en los colegios como una obligación estricta para los alumnos más jóvenes, es decir, para los estudiantes de Bellas Artes. Como era de esperar, los maestros siguieron a sus alumnos, yéndose a enseñar a los colegios donde los estudiantes estaban reunidos. Con esto la fisonomía de la Universidad se modificó radicalmente. Al principio estaba formada por una masa inorgánica de maestros independientes y sin ninguna jerarquía, y en lo sucesivo fue una constelación de colegios entre los cuales se repartieron los alumnos y los maestros. Es el colegio el que se convierte en la unidad escolar y dentro de él, los alumnos fueron distribuidos en clases según su edad y su grado de cultura.

Sin modificaciones esenciales, esta organización fue el modelo que reprodujeron las universidades que se formaron a continuación en Francia como en los demás países de Europa. Todas ellas fueron creadas a imagen de la Universidad de París, como sus filiales. Por ello se decía que la Universidad de París era la madre de las universidades, la *mater universitatum*. Y todavía más, la mayor parte de las instituciones que ella creó se encuentran en la actualidad, bajo diversas formas, en las universidades de los *deux Mondes*.*

Pero la Universidad de París no fue solamente creadora de instituciones: ella fue la sede de una vida intelectual de extraordinaria intensidad. La disciplina que se enseñaba de preferencia a todas las demás, casi excluyendo a las otras, era la dialéctica, considerada como el arte por excelencia, el método que resolvía todos los problemas. Hoy en día la dialéctica nos parece una disciplina singularmente árida y seca. Pero los asuntos a los cuales se aplicaba eran los que estaban más cerca de los corazones de los hombres: eran los temas vitales de la fe y los grandes problemas que en todos los tiempos se ha planteado el pensamiento humano. Con la dialéctica se buscaba fundar una filosofía que sirviese de base a la religión. Es así como la gente docta de la colina de Santa Genoveva siguió con pasión los notables debates que ilustraron en ese tiempo la Universidad de París. De allí su prestigio incomparable, que no tardó en adjudicarle una gran autoridad moral con la cual el poder civil y el poder eclesiástico estuvieron a menudo obligados a contar.

* Esto es, de Europa y América [N. del trad.].

II. *Renacimiento*. Esta gran época terminó con el Renacimiento. A partir de este momento la universidad entra en un período de decadencia que dura varios siglos.

Una universidad es ante todo un hogar de vida científica, un órgano de enseñanza superior. Lo que destacó a la Universidad de París en la Edad Media, es que ella trató los grandes problemas que agitaban la ciencia de la época en una forma que inspiraba a todos, a maestros y alumnos, una ardiente curiosidad. Pero debido a los cambios aparecidos en las concepciones pedagógicas durante el siglo XVI, este ardor científico se apagó.

Es el momento en el cual la dirección de la juventud francesa pasó de la Universidad a una congregación religiosa hábil y poderosa, la famosa Compañía de Jesús. Tan pronto como fueron autorizados a abrir colegios, inmediatamente se dispusieron a quitarle a la Universidad la mayor parte de la población escolar. Los jesuitas estaban alejados de toda enseñanza científica: en sus colegios no se aludía a las matemáticas, la física o las ciencias de la naturaleza. El estudio de la literatura antigua era lo que ocupaba el lugar dejado por la desacreditada dialéctica. Sin duda las lenguas y las literaturas antiguas podían ser tratadas como objeto de ciencia, como una materia de investigación y de descubrimiento. Se las podía utilizar para reconstruir en su originalidad, las civilizaciones desaparecidas y hacer su historia, buscar las ideas y los sentimientos de las cuales procedían. Pero las ciencias históricas eran tan extrañas a la enseñanza de los jesuitas como las demás ciencias. Para ellos los escritos de los griegos y de los latinos no eran sino modelos de estilo para ser imitados por los alumnos. El arte de escribir era considerado como el arte por excelencia. El objetivo esencial de la educación intelectual era cultivar el gusto, y el estudio de la antigüedad clásica era sólo el medio para lograr este objetivo. En forma espontánea o para satisfacer las inclinaciones del público, los maestros de la Universidad adoptaron por su lado esta pedagogía que ofrecía buenos resultados, sólo que en la práctica fueron mucho más moderados y discretos.

En estas condiciones faltaba la materia misma de una enseñanza superior, pues no hay Escuela superior del gusto. Sin duda, el arte de escribir puede y debe ser metódicamente cultivado mediante una dirección apropiada, pero esta cultura no puede continuarse en forma útil sino durante un tiempo muy corto, pues pronto llega el momento en el cual el entrenamiento ha producido los resultados esperados. De aquí en adelante los únicos progresos posibles son aquellos que surgen de la edad y de la maduración espontánea del espíritu. El maestro y la enseñanza son cada vez más impotentes en este tipo de relación; todo aquello que puede ser transmitido por las vías propiamente escolares está ya adquirido. Si la educación no tiene entonces otro objetivo se estanca. He ahí por qué en los colegios de los jesuitas como en los de la Universidad, la clase de retórica marcaba el grado más elevado de la enseñanza. El buen alumno de retórica no tenía por decirlo así nada más que aprender: su educación intelectual había terminado.

Sería sin duda injusto desconocer todo lo que Francia adeuda a esta enseñanza. La finura, el sentido del hombre y de los móviles complejos que lo rigen, el espíritu de matiz y moderación son cualidades que esta pedagogía contribuyó a desarrollar entre nosotros. No se debe olvidar sin embargo, que a partir de ese momento la Universidad dejó de ser lo que había sido en la Edad Media: un gran centro de actividad intelectual. La ciencia no se detiene entre tanto, pues ella no depende directamente del sistema escolar; es ante todo la obra de grandes inteligencias y el siglo XVII, como el XVIII, fue rico en sabios y en pensadores de todo orden. Descartes, quien fue entre otros un alumno de los jesuitas, y un alumno agradecido, expresa el siglo XVII tanto como los grandes escritores de su tiempo. Pero la Universidad no participó de esta vida científica. No sólo no la dirigió sino

que se desinteresó de ella. El cartesianismo, por ejemplo, sólo penetró tardíamente en los colegios universitarios, y los colegios de los jesuitas le fueron todavía más refractarios: todo lo que llamamos hoy en día educación superior estaba excluido tanto en unos como en otros. Y como no era posible prescindir de los médicos, los abogados, los magistrados y los sacerdotes, las Facultades de Medicina, de Derecho y de Teología aún subsistían. Pero ellas no eran más que Escuelas profesionales sin un ideal superior que la animara; por ello durante dos siglos estas Escuelas llevaron una vida lánguida y mediocre⁶.

III. *El período revolucionario napoleónico.* Se podría pensar que la Revolución Francesa impulsó un despertar de las universidades.

Los hombres que prepararon la Revolución y que la llevaron a cabo tenían una fe ciega en la ciencia y en su eficacia. Atribuyeron a la ignorancia gran parte los males que sufrían las sociedades europeas y esperaban del conocimiento científico la regeneración de la humanidad. ¿No era lógico entonces que emplearan sus fuerzas para fundar centros de vida científica donde se cultivara la ciencia por sí misma con el fin de llevarla a todo el país? Y así se veía renacer la enseñanza superior y reconstruir —con el mismo nombre o con uno diferente, poco importa— las nuevas universidades, que serían para la ciencia lo que las universidades de la Edad Media habían sido para la fe y la dialéctica.

Con este propósito Condorcet redactó un proyecto que durante mucho tiempo retuvo la atención de las asambleas revolucionarias. La concepción que triunfó fue sin embargo diferente. Entre los que reclamaban con mayor fuerza que la enseñanza tomara un carácter científico, muchos estimaban la ciencia especialmente en razón de su utilidad práctica. La cultura científica aparecía como necesaria en la medida en que era condición de una cultura profesional. Bajo la influencia de estas ideas, la Convención acabó por admitir que la enseñanza superior debía organizarse sobre la base de funciones y de profesiones. En lugar de buscar un acercamiento a un conjunto solidario de diversas disciplinas humanas, la Asamblea decidió que las Escuelas superiores fueran especializadas, distintas e independientes entre sí, y que existieran tantas profesiones como preparaciones científicas se necesitaran. Se crearon así sucesivamente, el Museo para la Enseñanza de la Historia Natural; tomado en todo su significado y “aplicado en particular al avance de la agricultura, del comercio y de las artes”; la Escuela Politécnica, la Escuela Normal, tres Escuelas de Salud y la Escuela de Lenguas Orientales Vivas.

De la Universidad de París, así como de otras universidades que se habían conformado en Francia a imitación de la primera, ya no quedaba nada. Se había suprimido el nombre que la designaba. No se pueden sin duda desconocer los gloriosos servicios que algunas de las nuevas instituciones creadas ofrecieron al país. Escuelas como el Museo, la Escuela Politécnica y la Escuela Normal Superior, han contribuido enormemente al renombre científico de Francia por los sabios y escritores que ellas formaron. No obstante, lo que pensemos de esta organización, ella difiere radicalmente de la que existía en la Edad Media. El principio de la especialización profesional reemplazó la unidad enciclopédica que la universidad medieval había aspirado a realizar⁷.

⁶ Existió sin embargo un establecimiento de enseñanza superior fundado en el siglo XVI: el Colegio de Francia. Este colegio nació justamente por fuera de la Universidad y todavía continúa siendo independiente de ella. Si surgió de esta manera fue porque la Universidad era aún refractaria a todo aquello que constituye la educación superior.

⁷ Esta concepción de Escuelas Especiales no ha desaparecido, y aún hoy subsiste al lado de la concepción contraria representada por las universidades reformadas. Fuera de la Universidad tenemos numerosas escuelas especiales. Nuestra enseñanza superior está dividida en estas dos tendencias. No pretendemos por lo demás, iniciar aquí un debate doctrinal que estaría fuera de lugar sobre las universidades y las

Estas fueron las ideas que inspiraron la pedagogía napoleónica. Napoleón 1 no era de los hombres que rinden culto a la ciencia y al papel que normalmente ella cumple en la vida general de un gran país. Para él las diversas ciencias no eran mas que instrumentos profesionales, y solamente a título de esto les asignaba un lugar en la enseñanza superior. En virtud de este principio, mantuvo las Escuelas especiales de la Convención; simplemente les dio otro nombre a algunas de ellas —las Escuelas de Derecho y de Medicina fueron llamadas Facultades. Además, en los pueblo creó sedes de estas academias y dos nuevas Escuelas especiales o facultades: la de Ciencias y la de Letras. En realidad, estas dos facultades habrían podido convertirse en centros de vida intelectual desinteresada, pero dado que ellas no preparaban para ninguna profesión, Napoleón no les confirió ningún papel intelectual. Generalmente se les asignaba ser los jurados de examen del liceo vecino; sus funciones eran la de supervisar los conocimientos de los alumnos que terminaban los estudios secundarios y de otorgarles los grados, más que ofrecer una enseñanza propiamente dicha.

Durante los dos primeros tercios del siglo XIX, esta situación permanece sin cambios esenciales: al lado de las Escuelas técnicas, existían las Escuelas sin alumnos (las Facultades de Letras y de Ciencias). Para poder subsistir, estas últimas tuvieron que reemplazar los estudiantes faltantes por un público de tipo bien diferente; se acercaron a la gente de mundo, a los hombres cultos y deseosos de no perder contacto con los temas del espíritu. Desafortunadamente, para retener estos auditorios que podrían molestarse con la aridez de la ciencia, era necesario que las lecciones fueran atractivas. Con frecuencia la elocuencia reemplazó al método y al rigor. Pero debemos registrar que esta educación de corte verbalista tuvo su utilidad y su grandeza. Oradores como Villemain, Cousin y Guizot, ejercieron desde sus estrados, una influencia considerable sobre el espíritu de Francia y de la misma Europa. Fuera de estos nombres ilustres, las Facultades de Letras y de Ciencias contaron también con otros hombres de gran valor. Algunos de los cursos profesados se convirtieron después en libros clásicos que honran la ciencia francesa, como *la Ciudad Antigua* de Fustel de Coulanges, *La familia* de Paul Janet, *Los moralistas bajo el Imperio Romano* de Martha, etc. Al mismo tiempo aparecía un gran movimiento científico al que las Facultades de Ciencias hacían una notable contribución. Lo que faltaba, sin embargo, eran poderosos e influyentes laboratorios para el trabajo científico, donde mediante la colaboración de maestros y alumnos, la tarea de la ciencia pudiera emprenderse de manera colectiva e ininterrumpida. Pero para ello era necesario una educación superior bien organizada.

IV. *La tercera república y la restauración de las universidades.* Corresponde a la Tercera República el honor de haber creado esta organización, al restaurar las universidades.

Ya en el curso del siglo XIX se había reconocido insistentemente la necesidad de renovar nuestra enseñanza superior. Al final del segundo imperio, en los consejos mismos del gobierno, se encontraba un hombre que empezó a darle cuerpo a estas aspiraciones: fue Víctor Duruy, ministro de Instrucción Pública desde 1863 hasta 1869. A su nombre se deben importantes reformas de las cuales hablaremos más adelante. Pero Duruy no fue más que el iniciador de este movimiento que no pudo llevar a término. Fue solamente después de 1870 que la empresa logró conducirse con el método y la perseverancia necesarias para asegurar su éxito.

escuelas especiales. Es posible que lejos de excluirse, los dos sistemas se complementen y que al final sea necesario darle a cada uno el lugar que le corresponde.

Sucedió después del desastre. Todos los ciudadanos de bien no tenían más que un pensamiento: rehacer el país. Para ello era necesario primero que todo, la instrucción. Una sociedad que aspire a gobernarse por sí misma necesita "luces"; una democracia no sería fiel a su principio si no tuviera fe en la ciencia. Así, los años que siguieron a la guerra fueron un hermoso período de ardor intelectual. Construir centros de educación superior donde la ciencia encontrara lo necesario para desarrollarse, y desde los cuales pudiera proyectarse al resto de la nación, fue la tarea del momento.

Las Escuelas especiales del régimen anterior no podían cumplir este papel. Se encontraban demasiado estrechas en el marco en el cual estaban obligadas a encerrarse; sometidas a las exigencias profesionales, no tenían la independencia que reclama la actividad científica. En lugar de separar las diferentes disciplinas humanas con barreras artificiales, era necesario acercarlas, ponerlas en contacto lo más cercanamente posible, hacerlas tomar conciencia de su unidad y de la complejidad de la obra en la cual estaban colaborando. La vida intelectual sólo puede ser intensa en la medida en que se concentra: para ella la dispersión es la muerte. Para dar a los espíritus el gusto por las grandes cosas, es necesario expandir el horizonte. Era urgente acercar las Escuelas especiales, y para sustraerlas de su especialización, hacer que se convirtieron en parte de una misma unidad, de una verdadera Escuela enciclopédica. Y esta Escuela enciclopédica tiene un nombre en la historia: la Universidad. Bajo nuevas formas, la restauración de las universidades antiguas aparece entonces como el media más acabado para lograr el objetivo propuesto.

Una vez concebido el plan, se lo puso en marcha con una insistencia que nada podía detenerlo. En particular dos ministros comprometieron sus nombres en esta reforma: Jules Ferry y René Globet. El papel más importante recayó sin embargo sobre dos eminentes administradores que ocuparon la dirección de la enseñanza, superior francesa: Albert Dumont y Louis Liard, quien desde entonces fue rector de la Universidad de París, y que acaba de morir. Fue este último quien dio a las universidades reformadas su organización definitiva. No comentaremos en detalle la historia de esta gran empresa, las diversas peripecias por las cuales pasó, las resistencias a las cuales se enfrentó, la paciencia y la energía que fueron necesarias para triunfar ante estos obstáculos. Sólo importa el resultado de esta gran obra, que será la gloria del gobierno republicano. Ella es la que ahora vamos a analizar.

Organización general de la Universidad de París

I. *El marco externo de la vida universitaria: La Sorbona.* Era necesario un nuevo marco para el organismo que se pretendía crear. Los viejos edificios, erigidos en el siglo XVII y XVIII, no podían servir para acoger la actividad infinitamente más intensa y más compleja que se proponía construir. Era necesaria una transformación.

Un plan radical y racional debía hacer tabla rasa del Pasado y establecer la Universidad restaurada fuera de los muros, en el campo, en el centro de un vasto terreno donde ella pudiera desarrollarse progresivamente en la medida de sus necesidades. Pero esta concepción crearía tantos roces en las respetables tradiciones, que no llegó a pasar por la mente de persona alguna. Desde el siglo XII la vida intelectual y académica de París tenía su sede al lado izquierdo del Sena, sobre el costado de la colina de Santa Genoveva; fue allí donde enseñó Abelardo y es allí, muy cerca del río, donde se encuentra aún la famosa calle Fouarre, donde los maestros de la Facultad de Artes tenían antaño sus Escuelas. Más adelante encontramos la Iglesia de Saint Julien-le Pauvre, donde tantas veces se reunió la vieja Universidad. Todo este barrio fue, durante años, el

sector de los estudios, “el país latino” como se decía antiguamente, y por ello parecía imposible desalojarlo sin una razón justa. Es dentro de este barrio entonces, donde debemos buscar las ampliaciones requeridas.

El terreno ocupado por la universidad no era de un solo dueño, y los principales edificios universitarios se encontraban muy cerca unos de otros. Estaban agrupados alrededor de un mismo centro: la Sorbona.

Fundada en 1303 por Robert de Sorbon, la Sorbona era antiguamente un colegio de teólogos. Cuando en 1627 Richelieu lo hizo reconstruir con su propio dinero, le dejó el mismo carácter que conservó hasta la Revolución. Sin embargo, a partir del siglo XVI la palabra Sorbona tomó otra acepción. Debido al deterioro de las otras facultades, la Facultad de Teología había acabado por considerarse como la parte más eminente de la universidad. Sorbona y universidad empezaron a convertirse en sinónimos. Cuando Rabelais se refería a la gente de la Sorbona, ‘a los Sorbonardos, Sorbonícolas, etc...’, tenía en mente a toda la Universidad de la Edad Media. Por consiguiente, este pasado la predestinaba a la función que actualmente cumple y que cumplía desde el Primer Imperio.

Para ponerla, sin embargo, a la altura de su nueva misión, debía ser transformada. Todos los antiguos edificios fueron demolidos, menos la iglesia construida por Richelieu donde se encuentra su tumba. Esta iglesia fue incorporada, sin ninguna modificación, a la nueva construcción con la cual armoniza maravillosamente. Erigida sobre una especie de escalinata, domina, como en el pasado, el patio de honor, cuyo diseño general ha sido afortunadamente respetado. Al mismo tiempo La Sorbona fue ampliada por todos los costados, formando ahora un amplio rectángulo de 21.000 metros cuadrados, el triple de superficie de la Sorbona de Richelieu.

Uno de los bloques de edificios que la componen está destinado a los servicios centrales de la universidad: la sala del rector, sus oficinas, salones, sala del consejo, sala de comisiones, etc. . . . Es allí donde se encuentra el gran anfiteatro que no pertenece a ninguna facultad en particular; es una sección común de la universidad —en él pueden instalarse 3.000 estudiantes. Es tal vez el salón de clases más grande que existe en el mundo. Sobre la pared del fondo, debajo del estrado, se encuentra una enorme composición alegórica de Puvis de Chavannes considerada como la obra maestra de este genio⁸.

II. *Constitución de la Universidad.* No debe representarse una universidad francesa a partir del modelo de las universidades inglesas, y menos aún del ejemplo de las norteamericanas.

⁸ La descripción que dio el mismo autor: “en un claro de un bosque sagrado, sentado sobre un bloque de mármol, la Sorbona; a sus lados, dos genios, portadores de palmas; a sus pies, una fuente fluyente. A la derecha, las Letras de pie, la Elocuencia, la Poesía, representadas por las musas esparcidas en diversas actitudes sobre la hierba; la Historia y la Arqueología surgiendo de las entrañas del pasado; la Filosofía discutiendo el misterio de la vida y de la muerte. A la izquierda las ciencias: la Geología, la Fisiología, la Botánica, la Química, simbolizadas por sus atributos; la Física entreabriendo sus velos ante un racimo de jóvenes que le ofrecen, con premisas de sus trabajos, una llama de electricidad; a la sombra de un bosquecillo la Geometría meditando sobre un problema”.

Además, toda la Sorbona —salones, salas de clase, paredes y galerías— está decorada con hermosas obras de arte. Podría hacerse un libro completo sobre el arte de la Sorbona. Ver sobre este punto a Liard, *L’Université de Paris*, p. 109 y ss.

En Norteamérica la Universidad está compuesta por una multitud de establecimientos escolares de orden y grados diferentes.

Algunas son simples Escuelas secundarias; la enseñanza que se imparte no se distingue de aquella que se da en nuestros liceos. Son los colegios de *undergraduates*. Los alumnos se preparan allí para la educación superior, pero de hecho no la reciben. Solamente al salir del colegio adquieren el grado de bachiller y se convierten en verdaderos estudiantes de universidad. Junto a estos establecimientos existen otros que se parecen mucho a nuestras Facultades de Derecho, Medicina, Letras y Ciencias, lo cual será tema más adelante. En fin, también se puede contar con una gran diversidad de Escuelas técnicas y profesionales.

La Universidad de París, y en general las universidades francesas, no presentan la misma variedad. Ante todo, en Francia los establecimientos de enseñanza superior se distinguen claramente de los establecimientos de enseñanza secundaria, liceos y colegios. Ellos no tienen ni la misma disciplina ni la misma organización. En cuanto a las Escuelas técnicas especiales, están en su gran mayoría por fuera de la universidad. Sin duda, la universidad no se desinteresa por las aplicaciones de la ciencia; veremos que la Universidad de París confiere diplomas de ingenieros químicos que tienen una formación teórica y práctica para la aviación; muchas universidades de provincia tienen Escuelas de Electricidad, de Cervecería, etc... Sin embargo, se considera que en principio el papel fundamental de la universidad es ante todo el cultivo desinteresado de la ciencia, más que la investigación de sus consecuencias prácticas. Algunas de estas facultades son, en cierto sentido, Escuelas profesionales; es el caso específico de la medicina y del derecho. Pero las profesiones a las cuales ella prepara suponen una fuerte cultura científica. La universidad es por encima de todo un hogar de vida especulativa.

Ella está formada por la unión, la federación de cinco Escuelas o facultades que existían anteriormente, pero aisladas unas de otras: la Facultad de Letras, de Ciencias, de Derecho, de Medicina y la Escuela Superior de Farmacia. A este organismo, de hecho complejo, se agrega en 1904 un nuevo órgano: la Escuela Normal Superior.

Cada una de estas facultades o Escuelas guarda dentro de la Universidad su individualidad y su autonomía. Cada una tiene un jefe particular (un decano para las facultades y un director para las Escuelas). Los decanos tanto como los directores, son nombrados por el ministro, pero por postulación de sus colegas⁹, y no hay ningún caso en que la candidatura presentada por la facultad o por la Escuela no haya sido ratificada por el ministro. El decano (o el director) es asistido en su tarea administrativa, por el consejo compuesto por todos los profesores titulares. Este consejo administra los bienes de la facultad, presenta al ministro los candidatos para las cátedras magistrales y da su opinión sobre todas las cuestiones que conciernen a la enseñanza.

Pero la Universidad es más que la yuxtaposición de facultades y Escuelas que la componen. Es un todo natural. Igual que la ciencia es una a pesar de la diversidad de las disciplinas particulares, hay entre las Escuelas donde se enseñan diferentes ciencias humanas, una unidad de aspiraciones y una solidaridad de intereses; esta unidad y solidaridad expresan la Universidad. Ella tiene, por lo tanto, una función propia, distinta de las que competen a las Escuelas especiales de las que está conformada.

⁹ Hay una excepción para el director y el subdirector de la Escuela Normal, quienes son nombrados de una lista presentada, no por los profesores de la Escuela, sino por el Consejo de la Universidad.

El órgano de esta función es el Consejo de la Universidad. Sus atribuciones son múltiples. Administra el patrimonio común de la Universidad, patrimonio que ha crecido singularmente desde que las universidades fueron reformadas. De hecho el Estado francés ha aumentado en proporciones considerables su contribución anual al presupuesto de la Universidad; la ciudad de París, los gobiernos extranjeros, las asociaciones privadas, los simples particulares, han creado cátedras, cursos, becas para los estudiantes, dotaciones destinadas a facilitar el trabajo científico, a edificar nuevas construcciones, etc. Todos los años, hasta la guerra actual*, se han venido inscribiendo nuevos nombres sobre las placas de mármol que en el gran *hall* de la Sorbona conmemora el recuerdo de los benefactores de la Universidad. Es este mismo Consejo quien establece el presupuesto anual y quien controla el empleo de los fondos. Se ocupa de la organización y de la coordinación general de la enseñanza. Representa los intereses de todo el cuerpo contra el posible particularismo de una facultad o de una Escuela. En fin, es a él a quien le corresponde asegurar el respeto al orden y a la disciplina común en toda la Universidad.

Presidido por el rector, este Consejo está conformado por dos clases de miembros: lo. los decanos de las facultades, el director de la Escuela de Farmacia, el director y el subdirector de la Escuela Normal, quienes son miembros por derecho propio; 2o. dos representantes de cada Escuela o facultad elegidos por sus colegas¹⁰. Como de hecho los decanos y los directores son designados por escogencia del ministro mediante una elección, se puede observar que excepto el rector los demás miembros del Consejo son elegidos.

Esta situación del rector debe ser comprendida, pues presenta una particularidad esencial de las universidades francesas¹¹.

Las corporaciones universitarias de la Edad Media eran agrupaciones privadas comparables a los gremios de oficios; no dependían directamente de los poderes públicos. Esta independencia es igualmente necesaria para las nuevas universidades ya que la ciencia que cultivan y enseñan debe ser libre. Por eso gozan de una amplia autonomía: los consejos que las administran son integrados por el conjunto de profesores (el Consejo de cada Facultad), o son designados casi en su totalidad por elección <el Consejo de la Universidad>.

Pero, de otra parte, Francia es un país política y moralmente unificado. Desde el siglo XVIII existe entre nosotros el principio de que la enseñanza es y debe ser un asunto esencialmente nacional. No podíamos dejar entonces a cada universidad resolver a su manera los problemas más graves de la educación pública; era necesario que se plantearan las reglas generales y que la acción del Estado pudiera ejercerse con el fin de prevenir cualquier particularismo excesivo. La comunicación necesaria entre la Universidad y los poderes públicos se establece por intermedio del rector. El rector representa al Estado ante la Universidad; él tiene la misión de vigilar la aplicación de las leyes y los reglamentos generales. Esta es la razón por la cual es nombrado por el gobierno y preside por derecho propio el Consejo de la Universidad¹².

* Esto es, la Primera Guerra Mundial [N. del trad.].

¹⁰ Sólo la Escuela Normal, representada por su director y su subdirector, carece de delegados elegidos. Más adelante apuntaremos las razones.

¹¹ En París, el rector lleva el título de vicerrector. En virtud de una antigua tradición, el ministro de Instrucción Pública es considerado el rector de la Universidad de París, pero en realidad el ministro no ejerce jamás esta función.

¹² En la organización napoleónica, las facultades y las Escuelas superiores hacían parte, como los liceos y los demás establecimientos de instrucción pública, de unidades administrativas llamadas *Academias* A la

No se limitan además a esto sus funciones. Al mismo tiempo, representa ante el Estado la Universidad que dirige; debe hacer conocer las necesidades y defender sus intereses; como presidente del Consejo de la Universidad, está encargado de ejecutar las decisiones que esta asamblea tome dentro de los límites de sus poderes. Cumple entonces dos funciones que en teoría parecerían contradictorias, pero en la práctica se concilian fácilmente gracias al espíritu que anima a nuestras universidades, gracias a la confianza que le confiere el gobierno republicano, gracias en fin a la autoridad moral de los rectores quienes son, con muy raras excepciones, antiguos profesores de la Universidad.

III. *Los profesores.* Reorganizada así la Universidad, al momento se afirmó una vida científica y académica cuya excepcional intensidad no fue sobrepasada ni en la mejor época de la Edad Media. Desde un comienzo, el número de maestros y de materias ofrecidas creció con inusitada rapidez.

Durante el año escolar de 1882-83, la Universidad de París sólo contaba con 145 maestros de diferente orden¹³. Veinte años después, en 1903, esta cifra se elevó a 242, a 274 en 1904, a 320 en 1909 y a 353 en 1913 — en este número no están incluidos 30 encargados de cursos de clínicas anexas. Si al lado de los maestros que enseñan, contamos los jefes de trabajos, de laboratorio y de clínicas, a los directores, preparadores y a todos aquellos que de una u otra forma participan en el trabajo científico de la Universidad, el personal total llegaría a una cifra aproximada de 700.

No todos los maestros tienen la misma categoría. Se distinguen entre ellos los profesores titulares, los encargados de cursos y los maestros de conferencias (los dos títulos tienen sensiblemente el mismo valor), y los agregados.

Antiguamente, los profesores titulares se diferenciaban de los encargados de cursos y de los maestros de conferencias, por la importancia atribuida a su enseñanza. Las disciplinas que estaban a su cargo se consideraban fundamentales; por esta razón su labor era calificada de magistral. El trabajo delegado a los encargados de cursos o a los maestros de conferencias, era valorado como de menor categoría en la vida de la universidad. Pero esta diferencia entre enseñanza magistral y no magistral tiende poco a poco a desaparecer. Hoy en día, estas dos clases de maestros no se distinguen prácticamente sino por su edad y su diferente autoridad científica. Los encargados de cursos y los maestros de conferencias son en general más jóvenes: están en el inicio de su carrera. La titularidad es el coronamiento de la carrera; es por esto que el Consejo de la Facultad sólo está compuesto por profesores titulares. Igualmente, su nominación está acompañada de garantías especiales. Son nombrados por decreto del Presidente de la República a partir de una doble lista de presentación establecida, una, por el Consejo de la Facultad interesada, y la otra, por la sección permanente del Consejo Superior de Instrucción Pública¹⁴. Son inamovibles. Los maestros de conferencias y los encargados de

cabeza de cada academia se encontraba un rector que representaba al ministro. Desde que se crearon las universidades, se ha guardado este modelo administrativo y la autoridad del rector se extiende aún, en su instancia académica, a los tres niveles de enseñanza: superior, secundaria y primaria.

¹³ Los profesores encargados temporalmente de reemplazar un maestro en licencia, no son tenidos en cuenta en esta cifra ni en las que siguen. El número de maestros así establecido, da exactamente el número de cursos ofrecidos.

Para hacer comparables estas cifras, no hemos tenido en cuenta los profesores de la Facultad de Teología Protestante, que dejó de pertenecer a la Universidad a partir de 1904.

¹⁴ El Consejo Superior de Instrucción Pública no se reúne sino en forma esporádica. Pero algunos de sus miembros, designados por el ministro, constituyen una sección permanente que examina algunos asuntos que demandan solución inmediata.

cursos son nombrados por el ministro si son pagados con fondos del Estado, y por el rector si son pagados con el presupuesto de la universidad previsto para tal efecto a partir de una lista de presentación elaborada por el Consejo de la Universidad.

Los agregados no existen sino en las Facultades de Derecho y de Medicina y en la Escuela de Farmacia. Estos son nombrados a través de un concurso y su función es la de dirigir los ejercicios prácticos y de hacer los exámenes. Sin embargo, la mayoría de ellos están encargados de cursos complementarios; es casi una norma incluso que los encargados de cursos sean agregados. En suma, la agregación es el título que permite el acceso a estas tres facultades.

Para las Facultades de Letras y de Ciencias, el único título exigido a los candidatos a la docencia es el doctorado, sea éste en letras o en ciencias. Si no existen en estas facultades concursos análogos a los de la agregación, es porque estos dos doctorados, como se verá más tarde, tienen un valor científico muy particular cuyo nivel no alcanza ningún otro doctorado en Francia o en el extranjero. En estas condiciones, otras pruebas de evaluación serían inútiles. Además, si el título de doctor es necesario para enseñar en estas facultades, no es suficiente: es necesario también que el doctorado haya sido sustentado en condiciones de reconocimiento especiales. Un doctor no es nombrado, incluso como encargado de cursos o maestro de conferencias, sino por la aceptación de un comité constituido ante el ministro de instrucción pública y conformado por miembros de educación superior. Y para que sea propuesto por este comité, es necesario que su tesis haya sido sustentada con brillantez.

Nadie es admitido entonces a enseñar en una universidad si no ofrece suficientes garantías. En lo que concierne a la Universidad de París, la selección es todavía más severa; ésta se hace en dos instancias, por decirlo así. Como la estadía en París es por varias razones muy solicitada, es completamente excepcional que uno pueda iniciarse allí. Los maestros que son llamados a la Universidad de París, han enseñado en una universidad departamental durante un tiempo más o menos largo; allí se han probado como sabios y profesores.

En consecuencia, el cuerpo docente de la Universidad goza de mucha consideración entre la opinión. Muchos profesores tuvieron asiento, o actualmente lo tienen, en las Asambleas políticas y en los Consejos de gobierno. Cada vez que el país atraviesa una crisis política o moral, los profesores universitarios desempeñan un papel en ocasiones de primer plano. Lo hemos visto claramente en el transcurso de la presente guerra, donde numerosos maestros de la Universidad se han convertido en directores y en guías de la opinión pública, alentando a los conciudadanos que corren el riesgo de descorazonarse ante una guerra prolongada o aclarando a los neutrales sobre la gravedad del conflicto que se desarrolla en el campo de batalla —poniendo, en una palabra, al servicio de la causa nacional, la autoridad moral de la cual están investidos.

IV. *Los estudiantes.* Para ser admitido en la Universidad, y matriculado en una o en varias de las facultades o Escuelas, no se exige ningún grado si sólo se desea seguir la enseñanza impartida. No ocurre lo mismo si se aspira a conseguir los diplomas que se confieren. En este caso, si se es francés, se requiere por regla general presentar el diploma de bachiller que se obtiene a la salida de nuestros liceos y de nuestros colegios¹⁵.

¹⁵ Los colegios y los liceos son establecimientos del mismo orden e imparten una misma enseñanza. La diferencia entre unos y otros, es que los profesores de los colegios son remunerados por las municipalidades y los de los liceos por el Estado. El título de Licenciado es suficiente para enseñar en un colegio, pero para enseñar en un liceo es necesario haber alcanzado la agregación.

Salvo raras excepciones, los estudiantes tienen entonces que haber terminado sus estudios secundarios. La Universidad marca por lo tanto, una solución de continuidad en la vida escolar de nuestra juventud. En el liceo el joven es sometido a una disciplina estricta: es obligado a asistir a las clases, a participar en los ejercicios prescritos, etc... En la Universidad no está obligado en cambio sino a una disciplina voluntaria: es él quien escoge los cursos que le parecen útiles y sólo asiste cuando lo desea: el principio de la libertad académica es tan apreciado en las universidades francesas como en las universidades alemanas.

Sin embargo, para los estudiantes de nacionalidad extranjera que aspiren a los grados, no se exige el bachillerato. Para ellos se establecen equivalencias que varían según el país: en resumen, es suficiente que presenten las certificaciones que demuestren que han recibido una educación secundaria análoga a la de nuestros liceos, y si no hay enseñanza secundaria organizada en el país de origen, deben someterse a un examen de homologación.

Desde la reforma de la Universidad, el número de estudiantes ha crecido tanto como el de maestros. En 1885-86, año en el que fue elaborado el primer informe de conjunto sobre la situación de la Universidad, se contaba con 10.644 estudiantes. En 1908 esta cifra era de 16.935 y de 17.512 en 1912. Desde entonces, aunque diversas causas han recortado las admisiones en nuestras universidades (las crisis económicas, las guerras balcánicas, etc...), este número ha permanecido sensiblemente constante. El 15 de enero de 1914 era de 17.308 alumnos.

En las Facultades de Letras y de Ciencias este aumento fue más acentuado. Antes de 1877 no contaban casi con estudiantes regulares; apenas tenían una audiencia que seguía con alguna dedicación los cursos libres. En verdad, los estudiantes propiamente dichos no aparecen en estas facultades sino en el año escolar de 1877-78, y en un número muy reducido. En 1879-80 eran ya 120 en la Facultad de Letras y hoy en día son más de 3.000, y anualmente asisten a la Facultad de Ciencias entre 1.700 y 2.000.

Los estudiantes extranjeros ocupan un lugar significativo en este incremento. De tiempo atrás habían abandonado el camino de París. Inclusive en 1882-83 no se contaba sino con unos pocos: 164 en Derecho y 108 en Medicina. En 1885-86 eran ya 829; 2.708 en 1908; 3.352 en 1910, y desde entonces la cifra ha sido superior a 3.000, a excepción, como es lógico, durante la guerra actual.

Del total de estudiantes extranjeros, la proporción de mujeres es bastante elevada. Y lo que es todavía más interesante, el número de las estudiantes de nacionalidad francesa crece también año tras año. Durante mucho tiempo sólo se contaba con algunos casos. En 1908 había ya 640, 805 en 1909, 927 en 1910, 953 en 1911, 1.016 en 1912, 1.120 en 1914. En 1908 había todavía dos veces más extranjeras que francesas, pero en 1914 el número de francesas sobrepasaba el de las extranjeras (1.120 contra 1.077). Estas jóvenes no se limitan a seguir los cursos: se someten a los mismos exámenes y conquistan los mismos grados que los jóvenes. Se convierten en licenciadas, agregadas y doctoras. Estas cifras traducen una importante y feliz novedad en nuestras costumbres: la barrera impenetrable que sobre todo en los países latinos separa los dos sexos, va disminuyendo y con esto la decencia no pierde terreno. Esta importante revolución no está, de hecho, limitada a los estudiantes: está en proceso de producirse en los mismos maestros. La Facultad de Ciencias cuenta con una mujer entre sus profesores titulares: la viuda del ilustre Curie.

Esta enorme masa de jóvenes no podía permanecer en estado inorgánico. Era necesario que el estudiante, sobre todo el de nacionalidad extranjera, no se sintiera perdido en el anonimato de la multitud; a su llegada a la universidad, tenía necesidad de encontrar medios que lo acogieran, lo guiaran, lo apoyaran y lo asistieran si fuera necesario. Múltiples grupos se fueron constituyendo con el objeto de encausar moralmente a los recién llegados para acercarlos a aquellos, que en razón de sus orígenes y de sus gustos, podían disfrutar los encuentros. Eran muchos los hogares de vida afectiva con los cuales podía contar.

Existía, en primer lugar, la *Asociación General de Estudiantes de París*, cuyo objeto era defender los intereses comunes de los alumnos de las Escuelas y de las facultades, y de mantener el sentimiento de solidaridad universitaria. Ella posee una pequeña casa de carácter histórico hermosamente dotada¹⁶, donde ocasionalmente se organizan fiestas para el encuentro de maestros y estudiantes.

Agrupaciones más restringidas reúnen a los alumnos de una misma facultad, tales como la *Asociación Corporativa de Estudiantes de Medicina*, y la *Asociación de Amigos Estudiantes de Farmacia de Francia*.

Otras asociaciones tienen por objeto acercar a los estudiantes de una misma nacionalidad ofreciendo oportunidades para entrar en contacto con estudiantes franceses. Tal es el objeto de la *Sección Británica de la Universidad de París*, de la *Asociación Franco-eslava*, de la *Asociación Franco-rusa*, del *Círculo de Estudios Franco-hispanos de la Universidad de París*, de la *Asociación Franco-escandinava*, de la *Alianza Universitaria Franco-rumana*, etc... Hace algunos años existía un comité franco-americano, y actualmente se hacen esfuerzos por constituir un *Home* americano, donde los estudiantes de los Estados Unidos de América puedan reunirse y recibir a sus maestros o a los estudiantes de otras nacionalidades.

Dos asociaciones amistosas, la de los *Alumnos y ex alumnos de la Facultad de Letras de la Universidad de París* y la de los *Alumnos y ex alumnos de la Facultad de Ciencias*, propician lazos de solidaridad entre las generaciones que pasan por la Facultad y transmiten a los principiantes la experiencia y el apoyo de los antiguos.

Desde el momento en que las mujeres empezaron a inscribirse en mayor número a la Universidad, se han estado fundando organizaciones para recibirlas y ayudarlas en su instalación y organización de su vida material en París con el fin de ofrecerles un hogar. Este es el caso de la *Asociación General de Estudiantes de la Universidad de París*, del *Hogar de la Estudiante* y de la *Asociación Cristiana de Estudiantes*.

Finalmente, entre todas estas agrupaciones sobresale, en particular para los estudiantes de otros países, un *Comité de Apadrinamiento de Estudiantes Extranjeros* que tiene por objeto ofrecerles el apoyo material y moral que puedan necesitar. Este comité, presidido por mucho tiempo por el antiguo presidente de la República Jean Casimir-Perrier, está en la actualidad en vía de reorganización.

V. *Los grados*. En las universidades francesas los grados tienen un significado diferente al de las universidades extranjeras.

¹⁶ Rue de la Bûcherie. Es allí donde sesionaba la antigua Facultad de Medicina.

En estas últimas, los grados son en general títulos puramente académicos que no otorgan ningún derecho. Ellos sólo certifican que el estudiante ha seguido ciertos cursos con regularidad en la Universidad y que los ha aprovechado en forma adecuada. Los exámenes que permiten el acceso a las funciones públicas o a algunas profesiones como la medicina y la magistratura, son presentados fuera de la universidad ante jurados de Estado. En Francia —como lo hemos explicado— las universidades, no obstante la magnitud de su autonomía, son establecimientos del Estado. Los grados que ellas confieren se entienden entonces como conferidos por el mismo Estado y son suficientes para ejercer ciertas carreras. La Licenciatura en Letras o en Ciencias otorga el derecho a enseñar en los colegios; la Licenciatura en Derecho es exigida a los futuros abogados y magistrados; el doctorado es necesario para ser nombrado profesor universitario, etc... En consecuencia, el Estado reglamenta de manera estricta los exámenes que confieren estos grados. Es por lo tanto imposible plegarse a la diversidad de gustos y aptitudes individuales. Además, las pruebas que los constituyen son generalmente difíciles en razón de los notables privilegios unidos a su éxito.

Sin embargo, después de que las universidades fueron reorganizadas, un número cada vez mayor de estudiantes las frecuentan con el único objetivo de perfeccionar su educación y no para hacer una carrera determinada en Francia: es particularmente el caso de los estudiantes extranjeros. Pronto se comprendió que los antiguos grados de Estado no satisfacían estas nuevas necesidades. Se han instituido entonces otros puramente académicos análogos a los que otorgan las universidades extranjeras, que sin estar sometidos a una rígida reglamentación ni subordinados a pruebas complicadas, permiten a estos estudiantes llevar de la Universidad un testimonio de sus estudios y de los frutos obtenidos. Estos son los que llamamos grados de universidad. En qué consisten y cómo son los exámenes que los sancionan es lo que veremos en los capítulos consagrados a las diversas facultades o Escuelas, ya que son diferentes según los establecimientos. Pero el principio general sobre el cual se basa la creación de esta doble serie de grados, debe ser develado y explicado en sus aplicaciones particulares, pues tienen un carácter distintivo en las universidades francesas.

El debate sobre los grados universitarios franceses aún no ha concluido. En el momento en que escribimos está de nuevo en estudio. La Universidad se esfuerza en adecuar los exámenes que conducen a ellos para que se ajusten sin dificultad a la diversidad de necesidades y aptitudes. Se busca al mismo tiempo universalizar sus denominaciones y sus características para que expresen claramente su valor y significado.

Esta es en líneas generales la nueva Universidad de París. Es el producto de una influyente concentración de fuerzas intelectuales. El número de sus maestros es ya considerable y hemos visto con qué minuciosidad son escogidos —veremos más adelante la importancia de su contribución a las ciencias que enseñan. Alrededor de sus cátedras, que se han triplicado, se aglutina una multitud cada vez más grande de estudiantes de todas las nacionalidades. La colina de Santa Genoveva, donde Abelardo atraía la juventud cultivada de toda Europa, es nuevamente un centro de vida internacional. En una palabra, la vieja universidad de la Edad Media comienza una nueva existencia con el mismo empuje, pero con formas apropiadas a las actuales condiciones de la vida nacional. En lugar de ser una corporación cerrada, celosa de sus privilegios y de sus intereses particulares, se ha convertido en una institución del Estado, en un órgano de la

vida pública y dueña de sus destinos intelectuales. Es, como se ha dicho, muy joven y muy vieja¹⁷: articula la gloria de su pasado con el vigor de la juventud.

Pero para poder apreciar la grandeza de la obra realizada, es necesario ver con más detalle cómo funcionan los diversos órganos que componen este gran organismo. Esto es lo que muestran los capítulos que vienen a continuación¹⁸.

¹⁷ Liard, *L'Université de Paris*, p. 1.

¹⁸ *Oficialmente* las cuatro facultades se agrupan en el siguiente orden: derecho, medicina, ciencias y letras. Nosotros seguiremos aquí otro orden a saber: letras, ciencias, derecho y medicina, con el fin de conducir al lector de la enseñanza más general a la más especializada. Aplicaremos el mismo principio a la clasificación de los establecimientos de enseñanza superior independientes de la Universidad.

